

Notas y Comentarios

-

UNA CASA, UN LIBRO, UN EJEMPLO

¡La Casa de España en México! Pronuncia ahora un español estas palabras y le saben a continuidad. La Casa de España en México! ... La Nueva España recobra como un sentido perdurable. Pronuncia ahora un español estas palabras y, con la emoción de la gratitud, le sube a los labios un sabor de historia. La perennidad de lo inmortal se asegura y multiplica en fecundidad y en eficacia. El gesto noble, la generosa acción, el espíritu magnífico de México acogiendo, en esa Casa de España, a una nutrida y auténtica representación de la inmortal España, del espíritu y de la libertad, tanto como una sustentación de los valores eternos, valen por un sustancioso capítulo de la Historia Universal. Y hay en esta página viva de humanidad una lección que España -la verdadera España- agradece por lo que tiene de revelación de su propia eternidad.

México ha acogido a un grupo -de alta significación y de preclaro nombre- de intelectuales españoles, dándoles, bajo un techo propicio y en un vigor de amores, ocasión y medios, recursos y paz con que poder seguir su obra, ahondar en sus estudios, multiplicar sus trabajos. España prosigue, continúa, no se estanca. "España, madre de comienzos", ha dicho Waldo Franck. Así, la mexicana Casa de España es en el decurso del tiempo y de la historia, en este recodo alucinante de la inmortalidad, nada menos que otro "comienzo", la gloria y el dolor de un nacimiento nuevo. Jamás se hallará la redonda palabra bastante expresiva que pueda contener entera la gratitud española.

Vemos así, con honda expectación, con seguridad arraigada en los milenios, la perpetuidad del espíritu español que, fuera de su solar, reanuda sus "comienzos", reinstaura a España en la fecundidad de su permanencia. Y esto es hallar el Signo de la hora.

Lo han definido ya voces nobilísimas; lo han propugnado claros espíritus. Es la hora en que la dispersión puede cuajar en unión fecunda. Una nueva relación se establece entre dos mundos en una sola avidez de luz. Por eso, la Casa de España en México, con todo lo que es, lo que vale y lo que significa, cumple, además, una bella y estimulante función de ejemplo. Y reconforta, desde el punto de vista de la cultura, del americanismo y de la hispanidad -tres lados y un triángulo que está plasmando sus vértices- comprobar que la secuencia múltiple afirma, en otros países americanos, que se han entendido la ejemplaridad. Chile envía a un gran poeta, Pablo Neruda -poeta nuevo de lo español eterno- a una cruzada de salvamento; Venezuela acoge generosamente a los valores españoles... Etcétera. Pero, en el etcétera, esta anunciación cubana, que he tocado con mis manos y siento palpar junto a mí.

Este Comité de Ayuda a los Intelectuales Expatriados -ya su bautismo amplio es una luz generosa- que no propende a posponer lo nativo ni a quitarle lugar sino que desea ampliar, en un auxilio al arribado forzoso, al expatriado digno, el círculo de la cultura y estrechar la compenetración espiritual, es una bella obra que, en sus propias bondades, halla en el alma popular la ansiada resonancia, la amplia solidaridad. Se trata, con amigos, de salvar la cultura; se trata de que existen, previos e imperativos, unos postulados que por igual pertenecen a todos los hombres que sienten la libertad y el pensamiento; se trata de que lo humano está en crisis, cuando el espíritu sucumbe...

Cuba -¡bendita sea una vez más!- siente esto en la médula, en la sangre... Y en el momento emocionante en que se incorpora para labrar la

conquista definitiva de sus destinos, quiere tender la mano, inclinar el espíritu, acercar el alma hacia aquellos que por los caminos del mundo prosiguen, en una renovada fecundidad de "comienzos", la eternidad de España... No es cosa de la que pueda desentenderse el ciudadano de la hora presente. Hay una solidaridad civil que, en esta hora de iniquidades y de atropellos, une a todos los hombres que sentimos la única soberanía del espíritu y de la libertad. Algo que ha movido ahora el ánimo noble de la noble Cuba, que no puede permanecer indiferente en ninguno de los casos en que un pueblo -pueblo, y no casta; pueblo, y no rebaño- ve escabne-cida y mancillada su propia soberanía espiritual por un tropel de agravios extranjeros...

A eso obedece, a eso tiende, a eso sirve el Comité de Ayuda a los Intelectuales Expatriados que para en breve inaugurará su campaña con un magno Festival de Arte que, a la vez, será fiesta del espíritu y afirmación de civilidad.

A lo que puede llegar la labor generosa de este Comité, lo demuestra también, con una alegría de buen fruto, la Casa de España de México, que acaba de inaugurar, muy bellamente por cierto, su colección de libros. Acabo de leer el primero: "El Teatro y sus Enemigos" de mi viejo amigo Enrique Díez-Canedo. Inicia, pues, la Casa de México su Biblioteca, por así decirlo, imprimiendo, perpetuando los textos de aquellos a quienes ella ha dado ocasión de que los escribieran. Y de este modo, con belleza y eficacia, da a su obra aquel sentido trascendente a que tiende, por natural impulso, lo intelectual y lo generoso.

Bella y sobria presentación, amoroso cuidado. El libro, impreso por los compañeros de la Sociedad Cooperativa "Artes Gráficas Comerciales" por cuenta y distribución del "Fondo de Cultura Económica" nos trae, ante todo, un mensaje, que es una lección; la lección cálida y humana de la solidaridad espiritual. Y como nuncio y adelanto de una Colección, mueve en

nuestro fervor el augurio de futuras prosperidades.

Enrique Díez-Canedo tiene bien ganada su reputación de agudo y sutil maestro en todo el mundo de lengua castellana, como comentarista, exégeta y crítico de las letras y del arte; no he de ser yo, pues, que tanto he aprendido de su amistad, quien le presente a quienes, si son lectores, tanto le conocen. Este libro suyo, "El Teatro y sus Enemigos", es digno de él, y con ello hago su mejor elogio.

Quizá, en alguna ocasión, la mucha sutileza recorta y como que refrena el vuelo de la indagación, complaciéndose en lo adjetivo, pero siempre el vigor teórico aparece recto y bien fundado, delatando, además, una agudeza de visión asegurada de una gran excelencia crítica. Bellas charlas, llenas de erudición y de doctrina que ahora, reunida en volumen, constituyen un índice utilísimo de las principales y más graves cuestiones que ha de considerar el arte teatral.

Con agudeza tan jocunda, que es casi rabelesiana y tan férvida que casi es mística, Díez-Canedo, maestro en sutilezas, considera que los grandes enemigos del teatro son tres, como los del alma: mundo, demonio y carne: el cinematógrafo, el actor y el autor. (Obsérvese el delicado y a la vez enorme acierto de este paralelismo). De los tres, y de otros enemigos de menor cuantía y otros aspectos de no desdeñable importancia, habla en estas charlas, sazonadas de humor agudo, en ocasiones, como de rico condimento con que darle a la mucha doctrina su saborcillo picante.

Muy notable el libro, lo es especialmente en lo que atañe al examen de malos autores (o mejor al diagnóstico del mal autor) y en lo que concierne al cinematógrafo. Muy completo el cuadro, yo hallo de menos, sin embargo, en el estudio de a éste último consagrado, en relación con el teatro del que es, según Canedo, el enemigo número 1, todo lo jucho que habría podido decirnos acerca de lo que me parece una forma indudable de un arte futuro: la utilización conjunta del teatro y del cine. Alude sólo

a ello de pasada, en la última charla, y aún únicamente admitiendo la posibilidad de una relación de principal a secundario, y apenas si, en otro pasaje, cita a Piscator, tan decisivo en esta materia.

Quien lea el libro de Díez-Canedo, bello en la prosa, rico en la doctrina, abundante en la erudición, hondo en el juicio, alado en el humor, ganará, con el positivo deleite del buen provecho, una enseñanza utilísima. Gracias le sean dadas a él, maestro dilecto, y a la noble Casa de España en México, refugio de intelectuales y hogar de la civilización.

Rafael Marquina
publicado en "Pueblo", La Habana, 30 de mayo de 1939